



Olga de León / Carlos Alejandro

# Cuentos para cuerdos que se engañan

EL LOCO DEL CALLEJÓN DEL BESO  
por Carlos Alejandro

Una elegante mujer -que con vestigios vestía su piel de antigua belleza-, sostiene un cilindro musical en la calle: se encuentra en la esquina de Andrés Viesca y Ramos Arizpe, cerca del Museo de los Monos. Hermosas pendientes le cuelgan como aretes: deslumbrantes piedras preciosas que imagina ha conservado de la casa paterna -más no es así: fueron regalo: de un amigo de su marido, secretamente enamorado, y se los dio so pretexto de que los regalara a su vez a su mujer: tal cual hizo. "Seguro tuvo una buena vida", piensa cualquier turista que la encuentra en el camino que lleva al Santuario de la Virgen María.

Cerca de ahí, en el Callejón del Beso, otro loco elabora entre churrigueresco y místico un discurso: cree haber desentrañado uno de los últimos misterios: proféticos enunciados, publicaciones póstumas del poeta local, muerto en Parras de la Fuente. "La obra, aunque breve, alcanza a dividirse en tres partes", grita a todo vapor, navegando entre imaginarias dunas de yeso. Un par de novios, de otra ciudad, alcanzan a escucharlo y sonríen compasivamente.

Fue durante uno de esos veranos coahuilenses que a la mujer elegante, la del cilindro musical, la alcanzó una tragedia, "de las de los viejos tiempos". Primero se vio obligada a despachar gasolina durante tres años sobre la carretera Saltillo-Torreón. Único empleo que alguien más pudo ofrecerle sin que ese "alguien más" perdiese su herencia de vida. Ahora, la mujer, en lugar de presumir su mirada altiva, debía esconderla cuando cualquier carroza arribaba a la gasolinera: podría tratarse de alguna de esas mujeres a quienes en Ciudad Mayor, les había negado todo, incluso un vaso de agua. Ella siempre creyó tener razón: el cristal italiano importado había sido traído en barco, y pagado por el gobierno de Ciudad Barroca, con el único fin de elaborar su gran vaso el vaso fino de la Primera Dama.

Y mientras, en el Callejón del Beso, el otro loco explicaba la primera parte de la Profecía del Poeta: que a un hombre de cuarenta años le provoca que por la sangre corra cual torrente indomable un recuerdo de infancia: la imagen de él sentado sobre un columpio, sosteniendo una pistola de juguete. Aún es un niño. Y toda la vida se ha preguntado: ¿qué hacía ahí, durante una mañana escolar, en lugar de estar en el colegio y sentado en un pupitre, justo frente a su maestra de español? ...¿habría sido ese el día en que fue raptado durante la infancia?

La elegante mujer se dejaba llevar por el destino que con resignación cumplía estoicamente. Y mantenía en secreto su orgullo: que a ninguna amiga, jamás, traicionó. A las fieles las cuidaba como a cómplices honestas. Entre ellas, con sus verdaderas amistades, planeaba todo tipo de hurtos; realizaban viajes lujosos en carrozas de gobierno, no importaba si había que tomar dinero de la caja azul: gastar algo del tesoro parlamentario, del destinado por ley humana para ayudar a que alguna humilde madre a que recuperase a su hijo de la quijada del "potro del alcohol", a través de programas sociales financiados por Ciudad Barroca.

El loco del Callejón del Beso concluye: "Estupefactos son quienes llenan huecos. No son tontos, sino inteligentes como los más aguzados lectores y



escritores". El mismo, y más aún: loco, como lo era, ¡era un estupefacto! Sus memorias perdidas le hicieron creer que había sido raptado, pero no había sido así. Mucho se había esperado de él, del loco; pero de grande, no se cumplió ninguna de sus profecías: solo fue otro estupefacto.

CADA SUEÑO ES UN CUENTO  
Por Olga de León

En un lejano país, en donde las mariposas se posan todo el tiempo en las copas de los árboles y las estrellas brillan de noche y de día, vivía un gallardo señor que era jefe de familia: enamorado marido y amoroso padre. Un día, sin que nadie supiera precisar cuándo exactamente, el hombre salió de su hogar hacia el trabajo -como solía hacer cada mañana-, solo que en esta ocasión el hombre no tuvo regreso. Pasaron los años, los lustros y las décadas, y aquel

hombre quedó olvidado, prácticamente borrado, como si nunca hubiese existido, de la mente de su esposa, hijos, parientes y amigos.

Él mismo, se olvidó de todo y de todos, pues se quedó profundamente dormido en la banca de un parque por donde solía atravesar de regreso a su casa. Pero, he aquí que al despertar, ya no estaba en una banca sino sobre el pasto de un bosque espeso pleno de frondosos árboles, junto a un riachuelo. Nadie pudo verlo, pues estaba prácticamente enterrado entre la maleza y la entrada a una caverna que le dio protección y cobijo por todos los años que se encontró perdido.

Lo extraño del caso es que en cuanto despertó e intentó incorporarse, no sin cierta dificultad por lo adormilado de su cuerpo y piernas, así, de inmediato, la memoria recobró y supo quién era, cómo se llamaba, en dónde vivía y quiénes eran su familia. Así, que como

pudo, tomó nuevamente fuerzas y echando hacia atrás su larga cabellera y la crecida barba, fue en busca de los suyos.

Pero, ¡oh, sorpresa!... Las calles, las casas, la ciudad toda: era otra. Ya no era como él la recordaba. Y su susto fue mayor, al contemplarse en el primer ventanal. Da un salto hacia atrás y se tapa la boca para no gritar: ¡quién es ese que me mira como si fuera yo!

En su juventud se había perfilado ante amigos y no amigos como un hombre marcado por la diferencia, el liderazgo y la fuerza en el carácter, en el espíritu y en sus piernas y brazos. Pero también como un hombre inteligente que tenía al mundo enfrente para hacer de su vida lo que él quisiera. Todo eso se lo había vaticinado una bruja blanca, una hechicera bondadosa que de inmediato vio su noble y valiente corazón.

¿Qué se había hecho aquel joven y aquel marido enamorado y amoroso padre?: se durmió un día, en el que la impotencia ante la injusticia y el poder del enano pelón con orejas de ratón, sacaron de él la rabia y el coraje eterno que lo habría de volver vengativo y frustrado, aunque aún quedaban en su alma resabios de fortaleza adormecida, no obstante todos esos años en que se perdió en el bosque y cayó en brazos de Morfeo.

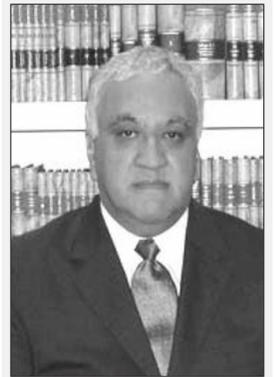
En su casa, mientras tanto, a la esposa no le quedó más remedio que sacar fuerzas del recuerdo y mirar hacia adelante: abrazó fuertemente a sus hijos, jurándose ante sí y ante la naturaleza humana y divina que nada dañaría su unión. Y, a pesar de saberlo en otro mundo, en lugares desconocidos, también siempre mantuvo su brazo derecho extendido, ofreciendo una mano al marido que había caído en desgracia, pero que ella sabía perfectamente que un día regresaría.

Ella estaba convencida de que las historias reales, aunque fueran cuentos, no siempre tienen un final feliz; por lo que no albergaba ciega esperanza, solo una pequeña ilusión.

Y, he aquí que un día el hijo creció y tuvo frente a sí mismo, la promesa de un mundo mejor, mucho mejor que el que a su padre la vida y el destino le auguraran en otra época. Y la madre, relegada a un segundo plano, a pesar de las muestras de fortaleza que siempre dio, no se atrevió a expresar en voz alta el temor que albergaba en su alma, de modo que jamás pronunció aquellas palabras con las que queriéndole advertir al hijo de los riesgos, no quería al mismo tiempo asustarlo, menos hacerlo creer que ella no creyera a su vez en sus capacidades y su fortaleza, por eso nunca le dijo, antes de que el hijo partiera a su encuentro con el mundo prometido: "no pierdas piso, hijo mío"; jamás olvides tu origen, ni de dónde proviene tu fortaleza: de la tierra, de la unión familiar, de los cielos y las estrellas, pero recordando siempre que tus pies pisan tierra: ¡no vuelan!

Ten en cuenta que ojos, corazón y cerebro son el poder con el que siempre contarás para ver el camino y no salirte del sendero. Las campanas y las flautas que te canturrean al oído melodías suaves o estruendosas para llamarte a otros mundos: son tan falsas que no existen sino solo en tu imaginación o en el delirio de los peligros que te rodean: ¡aléjate de ellas!

Nadie supo jamás del hombre que durmió cuarenta años, ni de la mujer que lo encontró y con sus hijos se fueron al mundo de: "¡siempre volveré a soñar!"



Manuel Gutiérrez

A una década de su muerte, ocurrida el 16 de agosto de 2005, el periodista mexicano Manuel Gutiérrez Oropeza, Premio Nacional de Periodismo, es recordado por sus aportes en los distintos medios de comunicación y en las aulas universitarias.

"Manuales", como era conocido entre sus amigos, nació el 14 de mayo de 1950 en Teocaltiche, Jalisco, estudió la carrera de Periodismo y Comunicación Colectiva en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de México (UNAM).

Como periodista destacó en campo de la cultura y espectáculos, en este último, fue ejemplar su aproximación aguda y amena al mundo de la farándula.

Fue comentarista de temas culturales y de espectáculos en el programa "En Mangas de camisas" que conducía Sergio Romano en Canal 11 y conductor en el programa "Desde Nahuacalli", transmitido por Televisión Mexiquense.

En medios impresos, trabajó para revistas como "Mira, Milenio", "Dos puntos", y algunos periódicos como "El Nacional, de Esto", "El Financiero" y "La Unión de Morelos".

También colaboró para diversos programas de radio, entre los que se encuentran "Entérese con Teodoro Rentería" en Radio Fórmula, "Política y Estilos" de Radio 6-20, "Oye mi canción" en la XEB, "Tiempo a tiempo", Radio Educación.

Paralelo al periodismo, Gutiérrez desarrolló una intensa actividad editorial y docente, ya que fue profesor en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, UNAM, FES Acatlán, y fue también docente en la Escuela de Periodismo Carlos Septién.

Entre los reconocimientos a su desempeño, destacan el Premio Nacional de Periodismo Rosario Castellanos, en la categoría de Humor Político, otorgado por el Club de Periodistas de México, AC.

Asimismo, obtuvo el Premio Nacional de Periodismo Cultural "El Gallo Pitagórico" en la categoría de crónica radiofónica por su cobertura del Festival Internacional Cervantino.

Manuel Gutiérrez Oropeza murió en la Ciudad de México, víctima de una embolia cerebral, a la edad de 55 años, el 16 de agosto de 2005.

ad pēdem literae

*Solamente aquel que construye el futuro tiene derecho a juzgar el pasado.*

Friedrich Nietzsche

letras de  
buen humor

*Los hombres son como los vinos: la edad agría los malos y mejora los buenos.*

Cicerón

## En interiores...

Curas fusilados

Oscar G. Baqueiro

Página 2

La guerra de Winslow

Jorge Volpi

Página 3

La Voz del Papa

Mons. José H. Gómez

Página 4